

nificencia en la ciudad de Bamberg, que era de su patrimonio y le agradó mucho desde su infancia (1). Carecia de heredero, habiendo hecho voto, segun la opinion pública, de guardar continencia con su muger Cunegunda; y ansiaba dar al mismo Dios la herencia de sus dominios, y anticipar de este modo la conversion de los esclavones estableciendo un obispado cerca de su pais. Delegó diputados á la santa Sede con el objeto de erigir en catedral su nueva iglesia, y el Papa Juan XVIII la sujetó á la metrópoli de Maguncia. Confirmó esta decision en Francofurt el año 1007 un concilio de treinta y siete obispos, á pesar de la oposicion del de Wirstburgo, del que dependia Bamberg, y que en premio de su consentimiento para la ereccion habia pedido, aunque inútilmente, el título de arzobispo. Estableció Enrique á mas de la iglesia catedral dos comunidades en el mismo sitio, al mediodia una de canónigos, y al septentrion otra de monges. Everardo fue el primer obispo de Bamberg y canciller de Enrique.

27. Ninguno entre todos estos prelados se distinguió tanto como San Anfredo de Utrecht (2). Habia sido conde de Lovaina, y brillaron siempre en él la equidad y la firmeza en reprimir los robos, que eran tan comunes en la Bélgica como en los demás paises. Habian formado todos tan ventajosa idea de su rectitud y de su instruccion, que le escuchaban como á un oráculo en cuantos tribunales y dietas se dig-

(1) *Ditmar. lib. 6.* (2) *Bolland. die 3. Maji. = Mabill. sæc. VI. Bened. pag. 85.*

naba asistir. Estudiaba sin cesar las leyes divinas y humanas, y consagraba á la lectura las horas de recreo; de modo, que una obligacion tan estraordinaria para los caballeros de su tiempo, los obligaba á decir que Anfredo vivia mas bien como monge que como conde. Fundó la abadía de Thorn de acuerdo con su muger Hilsuinda, de la que fue primera abadesa su hija Benita. Retiróse Hilsuinda despues á este monasterio, y murió en él santamente.

Deseó abrazar él propio la vida monástica, cuando el Emperador Oton III le rogó que aceptase el obispado de Utrecht. Opuso por escusa su avanzada edad, empleada casi toda en el tumulto de las armas. Pero estrechándole mas y mas el Emperador en Aix-la-Chapel, donde se hallaban juntos, tomó su espada, y la puso en el altar de la Virgen, diciendo: „Hasta aquí he protegido con todo mi poder á los pobres de Jesucristo. En este dia me pongo bajo la proteccion de su madre, con mi nueva dignidad.“ Quedó ciego en los últimos dias de su vida, y se retiró á una casa de monges que habia fundado. Es notable que aunque tomó el hábito monástico, no dejó de asistir á los concilios y á las dietas. Murió en el año 1012, y está colocado en el número de los Santos, como tambien su esposa Hilsuinda.

28. Fue en su tiempo á predicar á los rusos San Bruno, llamado por otro nombre Bonifacio. Era de la principal nobleza de Sajonia, y enlazado con Reyes. Llamóle á su corte Oton III, y le amó con tanta ternura, que le prodigaba los nombres mas ca-

riñosos (1). Mas el destino y las inclinaciones de Bruno superaban mucho á las de los favoritos de los Príncipes de la tierra. Todo lo abandonó por abrazar la vida regular, acompañando á San Romualdo á Monte-Casino y á Perea cerca de Ravena, donde vivió con el trabajo de sus manos, andando siempre descalzo, no comiendo mas que dos veces á la semana, y arrojándose encima de las ortigas y espinas para disponerse al martirio que ansiaba con mucho ardor.

Habiendo adquirido la firmeza necesaria en todas las virtudes con un largo ejercicio de la vida eremítica, tuvo inspiracion de evangelizar á los infieles, y se puso al punto en camino para impetrar el permiso del Sumo Pontífice. Corrió á Roma descalzo, como acostumbraba, pensó que era un exceso de relajacion alimentarse todos los dias para poder sufrir las fatigas del viage, y no probó jamás otra bebida que el agua. El Papa no solo le confirió la mision, sino que le encargó tambien que se hiciese consagrar arzobispo, dándole anticipadamente el palio. Tomó Bruno un caballo para volver mas pronto á Alemania, pero siempre con los pies descalzos, á pesar del rigor de la estacion; de suerte que algunas veces era necesaria agua caliente para separarle el pie del estribo. Cuando llegó á Mersburgo donde estaba Enrique encumbrado ya á la autoridad suprema, fue consagrado por el arzobispo de Magdeburgo, quien repitió la ceremonia de darle el palio que habia lle-

(1) *Ditmar. lib. 6. pag. 82.*

vado él mismo. Añadió el nuevo arzobispo despues de su consagracion el oficio canónico al monástico, y continuó todas sus austeridades, no obstante del excesivo trabajo que tenia. Boleslao, duque de Polonia, y la mayor parte de los señores á quienes visitó en su tránsito, le hicieron regalos de mucho valor; pero él lo distribuyó todo entre los pobres ó entre las iglesias: porque queria permanecer sin riquezas para anunciar la fe de un Dios que se despojó de todo á fin de enriquecernos. Predicó al principio en Prusia, donde solo recogió injurias y desprecios. Pasó desde allí á las estremidades de Rusia, y anunció el Evangelio con intrepidez, aunque despues de la muerte del duque Vlodimiro no se hallaban mejor dispuestos para recibirle los habitantes de aquel pais que los de Prusia. Pero era este el campo que le habia destinado el Señor, si no para coger sus frutos, á lo menos para hacerle fértil regándole con su sangre. Aseguráronse por último de su persona aquellos hombres ingratos y crueles, y le cortaron la cabeza con otros diez y ocho compañeros, el dia 14 de Febrero del año 1009. Celebra la Iglesia la memoria de este santo Mártir el dia 15 de Octubre.

29. Abdicó Juan XVIII el pontificado en el propio año, á últimos del mes de Mayo, y abrazó la vida monástica en la abadía de San Pablo de Roma. Estuvo vacante la santa Sede tres meses lo mas, y elevaron á ella á Pedro, obispo de Albano, natural de Roma, quien tomó el nombre de Sergio IV, y en el discurso de su pontificado, que no llegó á tres

años, honró su dignidad con virtudes muy sólidas, distinguiéndose principalmente por su liberalidad para con los pobres.

30. Arruinaron en su tiempo los musulmanes en Jerusalem la iglesia del santo sepulcro que habian incendiado ya los persas en el siglo séptimo. Se supo entonces que los principales autores de esta última maldad fueron los judíos de Francia, quienes escribieron al califa Haquem, que si no demolia al punto aquel término de las peregrinaciones tan frecuentado de los cristianos, no tardarian estos en despojarle de sus estados (1). Un peregrino conoció en Orleans al que habia llevado la carta por haber estado con él en oriente. Le prendieron y le azotaron con tanta crueldad, que confesó su delito. Al punto le condenaron los ministros del Rey á ser quemado vivo, y todos los judíos que habia en Orleans, que eran muchos y muy ricos, fueron arrojados de la ciudad.

Corrió por todo el reino, y aun por todo el mundo, la noticia de su infame y execrable maldad; lo que obligó á los Príncipes cristianos á tomar la resolución unánime de espulsarlos enteramente de sus dominios. Manifestóse al mismo tiempo el odio público en todas las regiones. Echáronles de las ciudades, persiguiéronlos en los campos como animales dañosos: fueron ahogados algunos de ellos, y perecieron muchos mas con el hierro y con otros géneros de tormentos. Suicidáronse otros por desesperacion, y hubo varios que pidieron el bautismo para librarse

(1) *Glab. lib. 3. hist. cap. 7.*

de la muerte. Apenas tornaron á verse algunos en toda la estension de la cristiandad por espacio de cinco años consecutivos.

32. Disminuyóse entonces la venganza habiéndose sabido la reparacion del delito (1). La madre del destructor de la iglesia del santo sepulcro, fue la que se mostró mas activa para reedificarla. Esta señora era cristiana, y tuvo la satisfaccion de ver que coadyuvaron á sus designios una multitud de fieles de todas las naciones, quienes no solo dieron dinero, sino que corrieron personalmente á Jerusalem á trabajar en la obra. No se opuso su hijo á este pensamiento, porque, según los historiadores árabes, era un Príncipe inconstante en sus resoluciones, é inconsecuente en toda su conducta (2). A estos defectos añadía una impiedad y una crueldad estremada, siendo al mismo tiempo de un genio tan raro que rayaba en la extravagancia. Persiguió á los cristianos, demolió las iglesias y las sinagogas, y le reputaron por el Neron del oriente. Despues de haber hecho una porcion de apóstatas en los pueblos, les consintió abrazar otra vez su religion, y restablecer todos sus monumentos. Quiso que le adorasen, á egemplo de Calígula, y formó una lista de los que le reconocian por criador del universo. Imposible parece que llegase á quince mil el número de estos hombres, como afirman, si nó fuese cierto de que no hay error ó absurdo que nó sea capáz de tener sectarios. Un persa llamado Dá-rari fue el gefe de esta impostura, el que aumentó

(1) *Bibl. Orient. Moez.* (2) *Elmac. pag. 259.*

despues mucho el número de sus prosélitos. Irritóse por fin el pueblo contra él en tales términos, que le despojó de la vida en la misma carroza del califa. Su sucesor se llamó Hamsa, el que predicando una moral análoga á sus dogmas, no prohibia á sus secretarios casarse con sus hermanas, con sus hijas y con sus madres, dispensándoles de todo ejercicio de religion. Sus discípulos fueron muchos, y puso doctores en Siria, en Arabia y en las diferentes regiones de África, esto es, en todos los dominios de los califas fatimítas, que además del Egipto se dilatában por todos estos paises.

33. Haquem, su dios y su apoyo, era el tercer califa que creian ellos descendiente de Fátima, hija de Mahoma. Habiendo unido su abuelo Moez la conquista del Egipto al África que habia heredado de sus padres, añadió tambien á su título de mahadi ó director de los fieles, el de califa ó gefe de la religion, y desde entonces ordenó que hiciesen á nombre suyo la oracion que se hacia en el del califa abasida que residia en Bagdad; lo que ocasionó un cisma que duró cerca de doscientos años, pues una parte de los musulmanes se declaró á favor del califa abasida, y otra al del califa fatimita. Edificó este Príncipe por aquellos tiempos la ciudad del Cairo, llamada en árabe Al-Caira, esto es, la victoriosa, y la dió todo el esplendor que se conformaba con este título, y al de la capital de sus vastos dominios, dilatados despues por su hijo Aziz hasta lo interior del Asia. Mas su nieto, el insensato Haquem, mandó

abrasar una parte considerable de esta ciudad, y pasar á cuchillo á muchos habitantes de ella. Asesinaron á este Príncipe á los treinta y seis años de edad por orden de su hermana, segun se cree.

34. Algun tiempo despues de la ruina del santo sepulcro, tuvo el Papa Sergio IV la triste noticia de que los piratas dinamarqueses habian asaltado la ciudad de Cantorberi en Inglaterra, llevándolo todo á sangre y fuego, sin perdonar á las mugeres ni á los niños. Ocupaba entonces esta silla San Elfegio, que habia sido trasladado á ella desde la de Winchester, donde le habian dado celebridad las virtudes (1). Acostumbrado en su juventud á las austeridades monásticas, y habiendo sido despues abad del monasterio de Bath, fundado por él mismo, conservó en la silla episcopal todo su espíritu de abnegacion y de penitencia. Levantábase á media noche durante los más crudos frios del invierno, y salia á hacer oracion al aire libre, con los pies descalzos y cubierto el cuerpo con una túnica ligera. Su caridad era tan vigilante y liberal, que desterró del todo la mendicidad de su diócesi, y ningun pobre estrangero salia de ella con las manos vacías. Este fue el sucesor en la silla de Cantorberi del piadoso y sabio Alfrico, célebre por la traduccion de algunos libros de la Escritura en lengua sajona ó inglesa, y contado del mismo modo que Elfegio en el número de los Santos.

San Elfegio huyó de las manos de sus monges que le detenian en la iglesia, en medio del saqueo de la

(1) *Act. Bened. pag. 115. sæc. VI. = Bolland. die 19. Apr.*

ciudad y de todo el horror de la carnicería, y mezclándose entre los moribundos y los facinerosos, exclamó dirigiéndose á estos: „perdonad á esas víctimas inocentes, y avergonzaos de sacrificarlas sin causa. Convertid vuestra ira contra mí, que he sacado tantos cautivos de vuestras manos, y os he dado en rostro tantas veces con vuestras iniquidades.” Arrojárónse sobre él al oír esto, le maltrataron del modo mas inhumano, y le apretaron la garganta para impedir que continuase hablándoles. Encerráronle despues en una estrecha prision, teniéndole en ella siete meses, durante los cuales sufrieron sus tropas una enfermedad agudísima; de suerte, que en muy poco tiempo murieron dos mil hombres con horribles dolores en las entrañas. Los cristianos que conversaban con estos bárbaros, les dieron á entender que aquel azote era un castigo de Dios, con cuyo motivo corrieron á pedir perdon al arzobispo, y le pusieron en libertad, haciendo con él grandes demostraciones de veneracion y respeto. „Debemos imitar, les dijo, el egemplo del Salvador, que levantó á los emisarios de sus tiranos despues de haberlos echado en tierra.” Pronunciando estas palabras bendijo una porcion de pan, les dió á comer de él, y curó así á todos los que padecian. Enviáronle en el primer ímpetu de su gratitud cuatro de sus gefes para darle gracias en nombre de todos los demás.

Pero volviendo á enardecer la sed del oro el alma de aquellos saqueadores, le pidieron grandes cantidades de dinero. El santo pastor, que hacia mejor uso

de él, se le negó animosamente, y ellos le ataron otra vez, le dieron un tormento cruel el dia de Pascua 13 de Abril de 1012, y luego le sumieron en la cárcel. Sacáronle de ella el sábado siguiente, y le dijeron: „entréganos hoy mismo lo que te hemos pedido, si no quieres morir en este instante;” y como les pintase los terribles juicios de Dios, y los horrosos estravíos en que los precipitaba el culto de sus falsas divinidades, se abalanzaron contra él llenos de furor, le hirieron brutalmente con todo lo que hallaron á mano, y le dejaron allí medio muerto. En fin, uno de aquellos dinamarqueses á quienes habia confirmado el dia anterior, movido de una compasion digna de un mónstruo, y deseando dar fin á sus tormentos, le sacudió un hachazo en la cabeza con cuyo golpe espiró al punto. La Iglesia le honra como mártir el mismo dia de su muerte, que fue el 19 de Abril.

35. A mediados del año 1012 murió el Papa Sergio, sucediéndole el obispo de Porto el dia 6 de Julio, que se llamó Benedicto VIII. Algunos romanos se declararon por el partido de un hombre atrevido llamado Gregorio, y formaron un número tan asombroso, que Benedicto, no juzgándose seguro en Roma, se refugió al lado del Rey Enrique, que celebraba la fiesta de Natividad en Polden, ciudad de Sajonia. Presentóse el Papa con todo el aparato de su dignidad, y demostró de un modo patético, en presencia de todos, las muchas indignidades que habia sufrido. El santo Rey penetrado de dolor y de indignacion hu-